

PRESENTACION

ARTICULOS

EFRAIN GONZALES **La Economía Familiar Comunera.**

SHANE HUNT **Evolución de los Salarios Reales en el Perú: 1900-1940.**

CRISTOBAL KAY **Política Económica, Alianza de Clases y Cambios Agrarios en Chile.**

ALVARO ORTIZ **Modelos del Lugar Central y Teoría de Grafos.**

COYUNTURA

JAVIER IGUIÑIZ, IVAN RIVERA **La Economía Peruana en 1979.**

RESEÑAS

HERACLIO BONILLA **Illusions of Conflict de Joseph Smith. The Capitalist World-Economy de I. Wallerstein. We Eat the Mines and the Mines Eat Us de June Nash.**

MAXIMO-VEGA CENTENO **Estrategias de Desarrollo y Modelos de Planificación de Alejandro Foxley.**

NOTAS SOBRE EL DEPARTAMENTO DE ECONOMIA

Presentación del Profesor Paul Samuelson con Ocasión del Título de Doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú (Jueves 7 de Agosto, 1980) por Máximo Vega-Centeno.

June Nash, *We Eat the Mines and the Mines Eat Us*: New York, Columbia University Press, 1979.

“Los obreros no alcanzaremos el poder por las elecciones, sino por la revoluciuón social”
(*Tesis de Pulacayo*, 1946)

Los mineros bolivianos son 28 mil y representan sólo el 20/o del total de la fuerza laboral. Su debilidad numérica no guarda ninguna relación con la admirable resistencia que hasta hace poco desplegaron para evitar que las hordas comandadas por el general García Meza implanten de nuevo la barbarie. Más bien, el combate que emprendieron traduce la elevada educación política adquirida por este segmento de la clase obrera y su capacidad potencial para liderar un profundo cambio social. Estos hechos por si solos justifican una reflexión cuidadosa. Pese a que Guillermo Lora en su importante *Historia del Movimiento Obrero Boliviano* (La Paz, 1967-80) ha reconstruido las etapas de su formación y de su desarrollo político, todavía hacen falta estudios que precisen, desde la perspectiva de los propios mineros, el perfil y el contenido de su conciencia social. A mi conocimiento, sólo el testimonio de Domitila, *Si me permiten hablar* (México, Siglo XXI, varias ediciones) y la biografía de un minero recogida por June Nash y publicada bajo el título *He agotado mi vida en las minas* (Buenos Aires, Nueva Vision, 1977) permiten en parte colmar este vacío. Es en este contexto que adquiere particular relieve el libro *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in bolivian Tin Mines*. (New York, Columbia University Press, 1979, IX-360 p) que la antropóloga June Nash acaba de publicar.

A través de un intensivo trabajo de campo en las minas de Oruro, de entrevistas con 20 mineros sobre lo que hicieron durante los eventos más relevantes, y de análisis del significado de los mitos, Nash se propone examinar la interacción entre las ideologías de clase y una conciencia social de raíz indígena. Esta es una perspectiva particularmente sugerente, sobre todo porque autores de otros estudios sobre los mineros de esta región (v.g. *Labor Relations and Multinational Corporation: The Cerro de Pasco Corporation in Peru, 1902-1964* de Dirk Kruijt y Menno Vellinga, Utrecht, 1979) a menudo olvidan que los “mineros” no son sólo hombres concretos, sino que están inmersos en un contexto andino que tiene peculiaridades sociales y culturales muy precisas. Es por ésto también que las conclusiones de June Nash trascienden la experiencia de los mineros bolivianos y permiten (re)pensar la condición de los mineros peruanos, porque tanto los unos como los otros, por encima de una experiencia política bastante distinta, comparten sin embargo una tradición andina y fueron, o siguen siendo, indígenas. Esta reseña, por consiguiente, comenta las ideas de

Nash sobre la dimensión familiar del minero andino y la traducción política de su condición indígena, aspectos virtualmente soslayados en los trabajos de gran parte de los analistas sociales.

La conversión de campesinos en mineros empieza con un acto de violación contra la fuente de la vida y del bienestar; la tierra, la 'pachamama'. La señal de la cruz y las oraciones, ritos de exorcismo que los mineros realizan previamente en la superficie, no les impide sentir, cuando descienden a las minas, que se encuentran ahora en el dominio del *Supay*, del *Huari*, del *Tío*, es decir del Demonio. Este hecho, asociado al inmenso peligro en que constantemente se desenvuelve su trabajo, motiva la realización de las *ch'alla*, las ofrendas para disipar el Mal o para atraer la buena suerte, así como de un conjunto de festividades que rompen la monotonía de la vida cotidiana. Pero estos actos que están inspirados por una antigua tradición andina no sólo sirven para enfrentar las amenazas diarias, sino que hacen parte de rituales colectivos a través de los cuales el minero y su familia conservan y reproducen su identidad, evitando así su completa alienación no obstante que viven las condiciones más inhumanas de explotación. Ellos expresan esta resistencia en un lenguaje político y religioso, sin que sus códigos sean contradictorios sino más bien complementarios. Es esta percepción de sí mismos, del hecho que hacen parte de una comunidad cuya subsistencia, y ocasionales ventajas, proviene de la Pachamama, la que les permite conciliar con una perfecta coherencia, a nivel de sus conciencias, exigencias de ideologías tan disímiles como las planteadas por las andinas tradicionales, las cristianas y las políticas más modernas.

La resistencia a la alienación y el mantenimiento de los valores tradicionales, por otra parte, al mismo tiempo que atenúan el trauma del tránsito del campo al socavón, constituyen igualmente las bases a partir de las cuales los mineros evitan su deshumanización cotidiana y fortalecen su esperanza en un destino distinto. No en vano Barrientos, quien masacrara a los mineros de Siglo XX en la noche de San Juan de 1967, suprimió la *ch'alla* por el temor ante la solidaridad que nacía al calor de estas reuniones. El significado profundo de estos rituales ha sido correctamente expresado por June Nash con estas bellas palabras:

“Sería simplista decir que el Carnaval es un sustituto de la revolución; es más preciso señalar que sirve para recordar al pueblo la necesidad de una rebelión cuando las condiciones son apropiadas, así como para rechazar la miseria y monotonía de sus vidas cotidianas y para expresar aquello que aspiran.”

En el examen del rol de la mujer y de la familia en la reproducción de la condición de los mineros es indispensable recordar dos situaciones básicas. Por una parte, las motivaciones esenciales del trabajo del minero y de su permanencia

son el mantenimiento de su familia y la consideración de que es el precio que tienen que pagar para evitar que sus hijos tengan un destino similar. Por otra, mientras que en las modernas sociedades industriales existe una separación física entre trabajo y vida familiar, en las comunidades mineras los hogares de los mineros son a menudo una mera extensión de las minas y de las plantas de tratamiento del mineral y del trabajo que en ellas se ejecuta. Incluso la satisfacción de sus necesidades básicas depende de las 'mercantiles' y 'pulperías'. Esta dependencia de la mujer y de los hijos en el único salario de los mineros incrementa la subordinación de la clase trabajadora frente a su empleo y reduce su capacidad de una acción efectiva en el terreno político.

Son, por ésto, sin duda las mujeres quienes sienten de manera más directa la opresión económica, al mismo tiempo que representan la principal fuerza en el mantenimiento de la unidad familiar amenazada por la muerte o la deserción del padre. El auto-sacrificio de las madres, muchas de las cuales trabajan incluso dos turnos para alimentar y educar a sus hijos, otorga a éstos una comprensión muy peculiar sobre la potencialidad humana para el amor y la devoción. Sin embargo, ésto es sólo un aspecto del proceso, porque el conflictivo tránsito del campo a las minas repercute también en la familia nuclear del minero. Si toda pobreza es el resultado de una relación social y en modo alguno una condición absoluta, como adecuadamente señala Nash, la pobreza del campesino que vive en una economía de escasez comparada con la del minero es no obstante sentida por aquél con menor amargura. De aquí emerge una curiosa dialéctica de la opresión: la frustración y la explotación que cotidianamente viven los mineros la revierten sobre su propia familia. No sólo a través de castigos y amenazas, sino también por el incremento de tensiones interiores que sólo un mayor desarrollo de su conciencia de clase puede tal vez resolver. Es esta compleja situación la que está elocuentemente expresada en las declaraciones de un minero:

"En mi trabajo soy feliz. Bromeo con mis compañeros, trabajo en paz. Luego regreso a mi casa y veo a mi mujer y a mis hijos hambrientos y pobremente vestidos. Es entonces cuando percibo los problemas de mi vida y me lleno de rabia."

Pese a que la familia del minero constituye el último eslabón en esta cadena de múltiples opresiones, sus mujeres, precisamente porque cotidianamente constatan en el mercado el valor del salario, son muchas veces las participantes más activas en los movimientos de resistencia. Pero este comportamiento, en el caso de las minas de Oruro, no es reconocido por los hombres. Cuando en 1967 las mujeres fueron despedidas masivamente de su trabajo en las plantas de concentración sólo uno de los dirigentes trató de respaldarlas.

Si bien, como se señaló al comienzo, los mineros constituyen la fracción políticamente más educada de la clase obrera boliviana, es sin embargo

importante reconocer que ni esta situación es irreversible, ni que no existen obstáculos que frenen el desarrollo de su conciencia a un nivel más alto. Para comenzar, las duras condiciones de trabajo de la minería hacen que ningún minero quiera permanecer en esta condición. Ellos se jubilan en el campo y buscan que sus hijos escapen a esta situación. Luego, la cultura en la que están inmersos nutre sus aspiraciones y los impulsa a avanzar socialmente. En el hecho que sea sólo una minoría la que alcance estas metas se encuentra el despertar de una conciencia. Pero también y de manera recíproca, esta situación fortalece la percepción de que el logro de estos 'bienes limitados' sólo se consigue mediante el recurso a relaciones de clientela. La desconfianza y la envidia que así surgen obliteran la consolidación de una conciencia de clase. Finalmente, y desde una perspectiva más amplia, la auto-identificación de pertenecer al segmento más explotado de la clase obrera se convierte en una justificación para demandar privilegios especiales o para aspirar a convertirse en la vanguardia del conjunto de la clase, erosionándose de esta manera la posibilidad de una alianza más eficiente con el conjunto de los explotados.

Que los mineros bolivianos en el curso de sus luchas hayan logrado convertirse en la fracción más combativa de la clase obrera es sin duda importante. Pero su pertenencia a uno de los países económica y culturalmente más atrasados del mundo limita los alcances de su comportamiento político, porque sigue actuando en la periferia del capitalismo. No obstante, el hecho de que sean doblemente explotados, como trabajadores en las empresas capitalistas y como nación en el mercado mundial, otorga a su militancia un alcance mucho mayor que la de los trabajadores de los países industrializados. Porque les permite una percepción muy precisa de las implicaciones del mercado mundial y porque los hace inmunes a toda fantasía sobre la posibilidad de su burguesía para emprender la emancipación nacional y para cancelar la opresión de la clase obrera. Como Prometeo, saben que la ruptura de sus cadenas depende de ellos mismos.

Heraclio Bonilla

Alejandro Foxley R. *Estrategia de Desarrollo y Modelos de Planificación*, CEPLAN- Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

La problemática Desarrollo-Subdesarrollo, crucial en nuestros países, puede evidentemente ser abordada a partir de preocupaciones diversas y con intenciones analíticas o normativas también diversas. Tenemos así que se ha buscado definir y comprender el subdesarrollo y sus causas, por un lado; por otro, se ha tratado de elaborar y proponer modelos de desarrollo; y, en menor medida, se ha tratado de analizar el proceso del Desarrollo, las exigencias y requerimientos